



¿Quién ha quitado la notación a las partituras de la obra de hoy?, preguntan los músicos viejos ajustándose las gafas rutinariamente. La joven violoncellista la ha secuestrado porque, en el último ensayo, el concertino despreció al tímido percusionista con el que está diseñando una república de la armoniadiscontinuaserial.

Han sembrado cristales en los surcos para que las espigas se suiciden en primavera y las amapolas no exijan estatuto de autonomía por vestir de fiesta al campo y emborrachar de placer a las cigarras. Preparan un golpe de estado las hormigas alentadas por sus sistemas de seguridad, que interceparon de un mensaje enclítico cuando en los brindis de la entrega del látigo de oro al tirano del año, el murciélago comentó satisfecho, como un canónigo en activo, junto al oído de la raposa: «Buen año, querida».

Calvo, gordo, prudente, reservado, el contrabajo sugiere que cada uno busque en su conciencia: allí encontrará la clave para interpretar la partitura del concierto de hoy, en unión de voluntades opresoras y de inteligencias traumatizadas, pero sumisas.

Los guardas han colgado los misiles en los árboles y descansan de la ronda por el hormigón sometido: máquinas producen, hombres obedecen, amor es utopía, miedo es realidad. ¡Vivan las cadenas! (Todos aplauden). Las palabras del profeta ya no inquietan; ha sido declarado loco, está recluido en el apartamento del basilisco con el semáforo chorreando magma, que es el que activa los generadores de las computadoras que programan las orientaciones de los androides que rigen los destinos de la sociedad postmoderna. En las ergástulas hay fiesta porque el rebelde fue sorprendido haciendo una pintada en el despacho del alcaide, reivindicando «Amor» y «Libertad». Ha sido castigado un mes a que viva solo en la jungla de asfalto, vidrio, acero y cemento: está hundido porque sabe que no sobrevivirá.

Entre los tubos retorcidos de la tuba, su tañedor, propone que el representante del sindicato mayoritario evacue consultas en aperitivo de trabajo con el autor, para restituir el texto en unos ejercicios del Opus.

A la mezzo-soprano se le ha caído un melisma por el patio de butacas y el coro pide que dejen los neumas «ad libitum» en el recitativo, o cantan un madrigal del príncipe de Venosa. Los ujieres han abierto las puertas, el selecto público de siempre penetra en el escaparate de la fatuidad, donde la envidia tiene abono desde antiguo.

Alguien pide una «anfeta» para motivarse, el barítono aconseja prudencia porque le han asegurado que el hermano discovery está preparado para detectar intenciones y deseos; entonces pide dos: una para lo de antes y otra para fugarse de que no es nadie, de que no es nada: sólo congela reflejo de un pensamiento incompleto abortado en clínica artesanal, tras reconversión fiel de unos padres ascendidos al poder como programadores oficiales de la moralidad de los tiempos nuevos, es decir, la de ayer.

El público aplaude con fervor y conmovido: ¡¡¡Braaaaaavvvooooo!!! Por las escaleras y el vestíbulo se comenta con excitación la genialidad de interpretar este difícil concierto sin partituras.

En algún lugar, un hombre llorará porque los aplausos que siente sin oír llegan tarde. La esperanza tropezó en un Do sostenido mayor al tiempo que la primavera le ofrecía en semidetiva la canción del verde nuevo. Dudó; se retuvo a dar cuerda al corazón polvoriento enredado desde años en un pentagrama. Al salir, una bocanada de aire frío y hojas muertas entonaban el «Libera me» en Sol agonizante menor, réquiem en amarillo por una vida muerta.

En el laboratorio de sonido el sintetizador conectado prolongaba el estertor, larga nota obstinada, sentimiento metálico, provocado por el bolígrafo que se había caído del atril.

F. Javier CAMPOS Y FERNANDEZ DE SEVILLA



## LA MUJER BARBUDA

**Director Gerente:** José Retana  
**Jefe de Redacción:** Amador Palacios.  
**Maquetador:** Antonio Arriero  
**Colaboradores:** Joaquín Benito de Lucas, Ángel Crespo, Antonio Fernández Molina, Francisco Leal, Francisco López, Charo Mayordomo, José Peco Muñoz, Manuel Pacheco, Jesús Pino, Carlos de la Rica, Pablo Sanguino, José del Saz-Orozco, José Manuel Souza y Juan Carlos Valera.